

[El pensamiento anti-mayo 68 se evapora](#)



El 40 aniversario de mayo de 68 supone una oportunidad para comprobar ciertos cambios sobrevenidos en el panorama intelectual desde hace algunos años, tomando como guía las diferentes lecturas que filósofos, escritores e historiadores han producido, desde hace cuatro décadas, a este momento. Un momento bastante singular para haber conservado hasta este día su denominación de "acontecimientos". Más que para otro hecho histórico, la conmemoración de mayo de 68 es parte integral y prolonga el impacto duradero en la sociedad. Además, las citas decenales con esta memoria constituyen indicadores excelentes de las metamorfosis ideológicas del espíritu del tiempo. La avalancha editorial actual lo testimonia una vez más. Varias obras, entre las que están *'Le Moment 68 : une histoire contestée'* (Seuil, 314 p., 22 euros) de Micaela Zancarini-Fournel, concretan así esta "historia de la historia" de la rebelión estudiantil y obrera que tiene esta propiedad particular de decir todavía mucho en nuestro presente sobre eso...

En los años 1970-1980, con motivo de lo que se llamó la "vuelta antitotalitaria", un cierto número de intelectuales tomó pos su cuenta, intensificando, las críticas contra 1968 formuladas en tiempo real por Raymond Aron en su *Révolution introuvable* (Fayard, 1968). Pero como muy bien mostró el filósofo Sergio Audier en su reciente *Pensée anti-68 : essai sur les origines d'une restauration intellectuelle* (La Découverte, 380 p., 21,50 euros), mientras que Aron se lo tomaba sobre todo por la falta de salida del régimen gaulista y se inquietaba por una universidad que consideraba amenazada, esos que iban a reclamarle una década más tarde iban a dar a esta rebaja en cuestión una vuelta mucho más conservadora.

El redescubrimiento de las virtudes de la democracia y de la sociedad civil por intelectuales en busca de distanciarse con su formación marxista tenía sin embargo, bajo ciertos aspectos, que verse acreditada por el enfrentamiento progre del 68. Después de todo, los valores de mayo habían sido apreciados muy poco por un Partido comunista para el cual la revolución quedaba colateral de la conquista del aparato de Estado. Pero poco a poco, el espontaneísmo de la sociedad civil alabado por Edgar Morin, Claude Lefort y Cornelius Castoriadis (*Mai 68 : la brèche*, Complexe, 1968) iba a ceder el sitio entre ciertos pensadores liberales a una usurpadora rehabilitación del Estado y de la nación.

Nada asombroso a lo que la herencia "progre del 68" se le vuelva a dar la vuelta de los años 1980-1990 del estatus de modelo a la refutación. Los dos principales actores de esta nueva orientación son el historiador Francisco Furet, cuya reinterpretación de 1789 acabó por alcanzar la misma idea de revolución, y el filósofo Marcelo Gauchet, cuyas reflexiones sobre la legitimidad dudosa de una "política de los derechos humanos" y sobre los riesgos de vuelta de la sociedad democrática en su contrario van a tomar una coloración cada vez más pesimista. La vía fue abierta a una demonización retrospectiva. Desde la modesta contribución de los discursos y las ceremonias del 10 aniversario de Régis Debray (Maspéro, 1978), la idea comenzó a abrirse su camino de que los adoquines de mayo de 68 disimulaban una simple "alineación consumista" y que la contestación prefiguraba sólo un *Nouvel Esprit du capitalisme* (título de la obra de Lucas Boltanski y Eva Chiapello, Gallimard, 1999). Una leyenda negra, alimentada por sociólogos como Gil Lipovetsky luego Juan Pedro Le Goff, estaba en curso de formación. Veía en mayo de 68 el crisol de una deriva narcisista e individualista, una fatalica delación social, de la que los herederos verdaderamente habrían sido en realidad los "liberales-libertarios" y otro "bobos".

PASIÓN EXTRAÑA

Pero esta reacción cultural culminó con el panfletario libro de los filósofos Luc Ferry y Alain Renaut (*La Pensée 68*, Gallimard, 1985), que etiqueta bajo esta marca de fábrica una gran parte de la producción intelectual y filosófica de los años 1960 y 1970. Estructuralistas y posestructuralistas se encontraron acusados de "antihumanistas". ¡La utopía concreta de una sociedad más libre, menos jerárquica, poniendo a asalariados y estudiantes en la calle sólo habría recalentado en su seno la serpiente horrorosa del totalitarismo!

Esta extraña pasión de desprenderse de mayo pasa por la deformación. La inmensa mayoría de los protagonistas cosidos con alfileres por Ferry y Renaut no tuvieron con mayo de 68 más que relaciones muy lejanas con los hechos y sus actores, nos dicen cada vez más la mayoría de los numerosos historiadores del período. Pero esta caricatura hace de abono del discurso futuro de la derecha a por el poder. Será repetida por Nicolás Sarkozy, cuando

afirma, en primavera de 2007 a Bercy, su voluntad de "liquidar la herencia" de mayo de 68, que habría impuesto "el relativismo intelectual y moral".

Entonces esta tendencia de fondo es contrarrestada desde hace algunos años por los progresos de la historiografía, que dieron de mayo de 68 otra imagen que la de un acontecimiento cuyo mensaje se tendría que buscar en las costumbres o en el efecto de connivencia generacional. Esta renovación se acompaña de un dinamismo del pensamiento radical, el cual se traduce a su vuelta por una erupción de editoriales y de revistas, a veces impulsadas por gente muy joven.

Desde la caída del Muro de Berlín, la extrema izquierda se encuentra en efecto confrontada con un desafío que estimula su productividad teórica: la de reconstruir una crítica del neoliberalismo después del fracaso del comunismo, reduciendo la violencia. Sobre aquel punto, la lucha de espadas relativamente marcada de mayo de 68 puede servir de modelo alternativo. Lo mismo que los movimientos de liberación colectiva de las minorías, que se derivan más o menos de eso, baten en brecha la idea de que el legado de 1968 pueda reducirse a la emergencia de un individualismo neoburgués dirigido a "gozar sin obstáculos".

No hay duda que aquellos puntos estimulen a los teóricos de extrema izquierda y susciten de aquel lado una desavenencia. Contrasta el ambiente crepuscular que parece apoderarse por la reflexión liberal que apela a Aron y a Tocqueville. Mientras que se ve a filósofos como el francés Alain Badiou, italianos Antonio Negri o Giorgio Agamben, el estadounidense Michael Hardt o el esloveno Slavoj Žižek constituir, a veces con un modo de enfrentamiento, una nueva constelación de filosofía política crítica, la tradición liberal en Francia es como cuajada en su postura melancólica o decadente. ¡ Cuando no se volvió francamente reaccionaria ¡

Nicolas Weill

Traducción El País - LE MONDE | 25.04.08